

Michael Marder

EL VERTEDERO FILOSÓFICO

Una fenomenología de la devastación

Traducción de Héctor Andrés Peña

Fotos de
Anaïs Tondeur



Título original en inglés: *Dump Philosophy. A Phenomenology of Devastation.*

© Michael Marder

© De las obras: Anaïs Tondeur

© De la traducción: Héctor Andrés Peña

Corrección: Marta Beltrán

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2022

Primera edición: 2022

Con la colaboración del Grupo de Investigación del Sistema Universitario Vasco
IT1199-19: «Cambio social, formas emergentes de subjetividad e identidad en las
sociedades contemporáneas».



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

Preimpresión: Moelmo SCP

www.moelmo.com

ISBN: 978-84-16737-56-8

Depósito Legal: B 1115-2022

Impreso en Sagracic

Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares
del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

Para David Buckel,
in memoriam

CONTENIDO

Agradecimientos	11
Prefacio: vertido.....	13
Globalidad.....	21
Todo el mundo es un vertedero	31
Mecánica: la caída, masividad, amontonamiento.....	41
Caer antes y después de la muerte de dios	49
<i>Je suis biomasse</i>	61
Antilogos	77
Hacia una historia intelectual de los montones, las pilas y otros revoltijos de cosas	87
Nuestros polutos sentidos.....	103
Toxicidad	111
Apocalipsis fecal o escatología escatológica.....	129
Enamorarse y botarse	141
Sobre la arcana utilidad de lo inútil.	147
Retrato de una cosa como su propia papelera.....	157

Vertederología	165
<i>Estamira, esta mira, «esta mira»</i>	171
El vertedero de escritura	179
Partes del vacío.....	189
In-formación.....	199
El sobrino de Rameau para el siglo veintiuno	209
El vertedero filosófico, o la tarea del pensamiento en la época del vertido	219
Un apéndice poético: lamentos elementales	233
Lista de ilustraciones.....	237
Nota sobre las imágenes	239

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha estado en proceso de elaboración durante los últimos cinco años, justo mientras el mundo ha estado desintegrándose a un ritmo acelerado. Algunos de los materiales textuales aquí reunidos se han publicado, en forma embrionaria, en otros lugares. Una versión previa de “Retrato de una cosa como su propia papelera” apareció como «Being Double» en un número especial sobre contenedores (nº 60, invierno 2015-16) de *Cabinet Magazine*. “Nuestros polutos sentidos” se publicó inicialmente bajo el mismo título (“*Our Polluted Senses*”) en la sección «The Stone» del *New York Times* el 9 de octubre de 2017. Una versión del capítulo 16 se publicó como «The Writing Dump» en *American Book Review*, 39(5), julio-agosto de 2018, págs. 10-14. Finalmente, elementos de los capítulos 1, 8 y 9 aparecieron como «Being Dumped» en *Environmental Humanities*, 11(1), mayo de 2019, págs. 180-193. Todos estos textos se reproducen con el permiso de los titulares de los derechos.

Las fotografías de la serie *Carbon Black_Cruz Quebrada* se realizaron mediante un protocolo desarrollado durante la residencia artística de Anaïs Tondeur en el Centro de Investigación de la Comisión Europea (JRC) en Ispra, con la participación de los modeladores climáticos Rita van Dingenen y Jean-Philippe Putaud.

γράφον οὖν ἃ εἶδες
καὶ ἃ εἰσὶν
καὶ ἃ μέλλει γίνεσθαι μετὰ ταῦτα.¹

PREFACIO: VERTIDO

Todos los días, estudios científicos, reportes de prensa y experiencias viscerales del estado en rápido deterioro del medioambiente nos golpean con una fuerza creciente y desconcertante. En el agua potable abundan los microplásticos, y se predice que, para el año 2050, la masa total de materiales sintéticos hechos por la humanidad superará en los océanos a la biomasa de peces. Megalópolis en diferentes continentes languidecen bajo un guiso de toxinas aéreas durante intensos y prolongados períodos de smog extremo. Incendios forestales consumen grandes franjas de tierra boscosa debido a una combinación de aumento de las temperaturas globales, sequías, plantaciones de monocultivo y exiguas inversiones —así como renuencia para apoyarse en saberes locales— en la prevención de incendios. La degradación de la capa vegetal, que amenaza la salud y fertilidad de la tierra, acarrea tanto acidificación y aumentos bruscos en salinidad y toxicidad, como disminución de la capacidad nutriente y de la disponibilidad de oxígeno para las raíces de las plantas.

1. «Escribe, pues, lo que has visto, y lo que es, y lo que ha de ser después de esto» (*Apocalipsis* 1:19).

Tan preocupantes como lo son en sí mismas, estas crudas tendencias empíricas son también indicativas de una alteración más sutil en las delicadas condiciones que han estado hasta ahora sustentando la vida en el planeta. Agua, aire, tierra e incluso fuego (los cuatro elementos clásicos que comparten, aun admitiendo otras adiciones, tradiciones filosóficas y míticas dispares) ya no corresponden a nuestras representaciones mentales de lo que son.² La imagen que forma una persona en la mente al oír la palabra «agua» rara vez incluye desechos plásticos, cadmio, mercurio, plomo, bacterias coliformes e hidrocarburos de petróleo. Al pensar en el aire, no solemos asociarlo con dióxido de azufre, óxidos de nitrógeno y material particulado de incendios forestales o de fábricas que trabajan a base de carbón. El significado de suelo no suele abarcar metales pesados, fosfatos, ácidos inorgánicos, pesticidas y nitratos, hidrocarburos polinucleares aromáticos, bifenilos policlorados, compuestos aromáticos clorados, detergentes y radionúclidos. Mientras que algunos de los cambios elementales son visibles (por ejemplo, los que se manifiestan en el esmog fotoquímico), una vasta mayoría elude nuestros sentidos y no figura en la esfera de la cognición.

El balance entre la regla y la excepción se ha invertido. Comparadas con el pasado no tan lejano en el que los focos de contaminación geográficamente circunscritos eran la preocupación, las condiciones ambientales de hoy en día son tales que lo «limpio» del aire, del suelo y del agua se desvía de la norma. Tenemos ahora que ponernos al día con la extraña realidad que las consecuencias acumulativas no deseadas de nuestras tecnologías y economías han engendrado. Acercarse a la condición actual del agua y de los otros elementos en el pensamiento sería infinitamente más sa-

2. Para ser justos, no es seguro que los elementos hayan podido aparecer alguna vez como lo que son.

tisfactorio que la demanda de exactitud que culminaría en una representación adecuada de un objeto alterado y en un ajuste mental por parte del sujeto. Con un ajuste tan aleccionador, también haríamos justicia a este mundo que se desvanece rápidamente, si es que no se ha desvanecido ya.

Aunque la filosofía comience con el asombro, puede terminar en pavor. Cuando son lo suficientemente profundos, estos dos estados afectivos sacuden a quienquiera hasta la médula. En contra de la perspectiva complaciente del mundo, basada en estructuras prefabricadas de entendimiento, la filosofía en su forma más radical es un encuentro con la existencia, en una atmósfera de escasez de comprensión agudamente sentida, como si no se hubiera experimentado la existencia antes jamás. Es este rasgo el que inmuniza a los filósofos (me refiero a la filosofía no como una profesión sino como vocación, llamado, dedicación, como forma de vida incluso) ante una especie de hastío, ante la familiaridad con el propio entorno, aparentemente indigno de tan poco como de una mirada de reojo. Es también esta cualidad la que imbuye a la actitud filosófica de la alegría y la curiosidad de un niño o, en el extremo opuesto del espectro emocional, de miedo y recelo ante lo desconocido. Entre las posibles reacciones a las últimas transformaciones en los elementos y condiciones ambientales, el enfoque entumecido de «lo de siempre», fomentado por los gobiernos, corporaciones e ideologías dominantes, no es una opción viable. El talento de la filosofía para organizar una cita inigualable con el mundo es indispensable hoy, porque *somos* confrontados por un mundo vastamente desconocido, esculpido por los efectos persistentes de la actividad industrial, por primera vez en el siglo XXI.

En *El vertedero filosófico*,³ aprovecho la fuerza única de la disciplina para alumbrar una visión poco ortodoxa de la realidad y proponer hacer un balance de lo que la Tierra —el pliegue terrenal que combina sinécdoquicamente el resto de los elementos naturales—; de lo que ella ha devenido. Empiezo con la hipótesis de que nuestro planeta se encuentra en una etapa avanzada de conversión en un vertedero para la producción industrial y sus subproductos, para no mencionar el consumismo y sus excesos. La emisión de grandes volúmenes de dióxido de carbono a la atmósfera y el uso indiscriminado de botellas de plástico, bolsas, redes de pesca, envoltorios de alimentos y contenedores, ahora ubicuos en los ecosistemas marinos, son suficientes para hablar de *vertimiento*. Separados de estas prácticas en el espacio y el tiempo, sus residuos ya no son rastros insustanciales en el aire o en el agua, sino fuerzas que remodelan hábitats, climas y entornos elementales.

Asumiendo que no nos aplacan los clichés sobre la integración de nuestras vidas y cuerpos en el contexto ambiental, con el que estamos mutuamente constituidos, pronto descubriremos que el devenir-vertedero del medioambiente incide directamente en nuestra existencia. Nuestras dietas, posibilidades sensoriales y enfermedades estadísticamente prevalentes (cáncer, enfermedades cardíacas y respiratorias, diabetes, etc.) están bajo un dominio tan poderoso de la mutación elemental que la corporeidad, el hecho físico o fisiológico de la encarnación, está implicado en el funcionamiento del vertedero. Si hemos de suscribir la visión de la mente integrada, en lugar de escindida, en el cuerpo, veremos entonces que las vicisitu-

3. Ya sea que, en un futuro cercano o lejano, este libro se traduzca y publique en algunos de los idiomas en los que pienso o hablo, los títulos que vislumbro para él son: en francés, *Je suis biomasse, ou la philosophie dans le dépotoir*; en portugués, *Para o lixo com a filosofia!*; en español, *El vertedero filosófico*; en alemán, *Müllhalden-philosophie*; en ruso, *К философии свалки*.

des de la corporeidad tienen una profunda influencia en nuestras maneras de pensar. Las ideas se reducen a sonidos pegadizos y palabras de moda arreglados en cadenas de libre asociación; el flujo de información sumerge percepción y cognición por igual. La mente no se ve menos afectada que el cuerpo por la mutación elemental que ella misma ha ayudado a instigar. El vertedero penetra las propias fibras de nuestro ser, los procesos y eventos que nos hacen quienes somos: nuestra humanidad, animalidad y vegetalidad; nuestro razonamiento y organicidad, sensación y percepción; nuestras capacidades nutritivas, emotivas y de discernimiento. Arraigado en múltiples registros de existencia, el vertedero los revuelve, reproduciendo los efectos que ha tenido en los elementos ambientales.

Gran parte del libro que usted está a punto de leer busca una descripción fenomenológica adecuada del vertedero como el *quid* de nuestra época. O, quizás mejor dicho, descripciones, teniendo en cuenta los múltiples sentidos del término, que abarcan desde lo económico a lo computacional, desde el acto de defecar hasta una ruptura, desde un botadero hasta unas condiciones de vida insoportables. Dado el alcance de la empresa, le invito a lo que promete ser un viaje sin aliento a través de la ontología contemporánea, donde fragmentos de pensamientos y funciones corporales, relaciones interpersonales y factores ambientales, invenciones tecnológicas y mecanismos de identificación psicológica se mezclan y acumulan en un agregado extraño, tal vez sublime y definitivamente incoherente. Prestaremos, también, mucha atención a los precursores teológicos y metafísicos del vertedero: la relación religiosa y filosófica de amor-odio (fuertemente inclinada hacia el odio) con los montones insumisos, las pilas desordenadas y los pastiches caóticos. Sin embargo, los linajes históricos relevantes no disminuyen la impactante y, francamente, inaudita realización de las fantasías y temores pasados más extravagantes en nuestros apuros actuales.



Figura 1. *Drowning in* [Ahogamiento], Anaïs Tondeur, 2018-20.
Impresión de pigmento en papel Murakumo, 42 × 63 cm.

A fin de comenzar el viaje hacia la recuperación de la capacidad de actuar, no sólo *dentro* del vertedero sino también *sobre* él, tendremos que evaluar la medida completa en la que estamos empantanados en la pila tóxica que nos reclama por sí misma, en cuerpo y alma. Por oneroso que sea, el próximo paso vendrá con las estrategias de *desvertimiento*: despejar, revitalizar los metabolismos fisiológicos, cognitivos, ecológicos y planetarios, reactivando devenires más allá de las mutaciones provocadas por los sueños de inmutabilidad presentes en cada uno de estos niveles. Para usar una expresión de Hannah Arendt, necesitamos pensar sin barandillas, en ausencia de estructuras ensayadas y probadas de soporte al pensamiento en acción. No tendremos el lujo de reclinarnos sobre eslóganes (energía renovable, geingeniería, enmarañamiento, la nivelación filosófica de jerarquías, etc.) porque, de una manera u otra, participan en la logística del vertedero. Iremos a tientas en pos de respuestas y, más aún, para obtener las preguntas correctas en la penumbra, en el crepúsculo del pensar y del ser.

El búho de Minerva, al que Hegel atribuyó la visión dialéctica del crepúsculo, y la grulla, que es una de las apariciones de la Señora Yun-hua (también conocida como Yao-chi, Dama de Jaspe), están tomando vuelo desde Occidente y desde el Este, sobrevolando escenas de devastación, muchas de ellas inaccesibles a simple vista, desleídas por esmog u oscurecidas. Bajo sus alas, un planeta ecológica y ontológicamente mutilado, un vertedero para el creciente y no metabolizable desperdicio de industrias humanas y un desierto que se esparce sobre la diversidad biológica, cultural, lingüística y de ideas. En la luz tenue y desolada que demarca sus siluetas, la devastación misma se esfuma de nuestros sentidos y pensamientos. Pero ¿cómo aparece el desastre —¿en el resplandor de qué pirovertedero?— a los ojos del búho y la grulla, que se deslizan en los flujos del arovertedero por sobre las

vastas extensiones de los geo y los hidrovertederos? En las fronteras de la imaginación, *El vertedero filosófico* examinará los seres existentes desde la vista de pájaro del búho de Minerva y de la grulla de la Señora Yun-hua.